

VII.

La emboscada.

Sabido es que Chicot no era hombre que tardaba en tomar un partido; tomó el de aguardar con la mayor comodidad posible.

Á través del seto se abrió una especie de ventana para no dejar pasase desapercibido ninguno de los yentes y vinientes que pudieran interesarle.

El camino estaba desierto, y en toda la extensión á que podía alcanzar la vista de Chicot, no se percibía caballero ni paisano alguno: todo el gentío

que se había reunido la víspera había desaparecido con el espectáculo que llamara su atención.

Lo único que Chicot divisó fué un hombre mezquinamente vestido que se paseaba transversalmente en el camino y medía con un largo y puntiagudo bastón el terreno de S. M. el rey de Francia.

Chicot nada tenía que hacer y se alegró de descubrir aquel buen hombre para servirle de punto de mira.

— ¿Pero qué media? ¿Por qué media! Hé aquí las dos preguntas que durante algunos segundos ocuparon seriamente la atención de maese Roberto Briquet.

Se resolvió por lo tanto á no perderle de vista.

Pero desgraciadamente, al mismo tiempo en que el nuevo personaje acababa sus medidas y se disponía á levantar la cabeza, otro descubrimiento absorbió toda la atención de Chicot obligándole á dirigir sus miradas á distinto punto.

Abrióse de par en par el balcón de Gorenflot, y apareció en él el respetable corpanchón de don Modesto, quien con sus ojazos desmesuradamente abiertos, con la sonrisa del placer y sus más distinguidas maneras, acompañaba á una dama casi ente-

ramente cubierta con un manto de terciopelo forrado de pieles.

— ¡Oh! oh! — dijo Chicot, — hé ahí la penitente: parece joven; pero examinemos su cara... ¡Bien, bien! ¡Ponte así! Vuélvete todavía un poco de ese lado!... perfectamente! ¡Válgame Dios! Es muy singular que todas las caras que vea exciten en mí recuerdos... Es una manía de mi temperamento! ¡Hola! Ya aparece el escudero, y lo que es éste no se me despinta; es Mayneville en cuerpo y alma. Sí, sí, el del bigote retorcido y la espada con puño de concha... Vamos, él mismo... ¡Cuerpo de Crispo! ¿Y por qué me he de equivocar respecto á madama de Montpensier? No hay duda, esa mujer es la duquesa.

Chicot no necesitó más para abandonar á su suerte al hombre de las medidas á fin de no perder de vista á los dos ilustres personajes que acababa de descubrir.

Poco después distinguió detrás de ellos el pálido rostro de Borromeo, á quien Mayneville dirigió la palabra muchas veces.

— ¡Ya, ya! todos se han reunido, — dijo el emboscado: — conspiremos, pues, ya que esto es

de moda. Pero ¡qué diablo! ¡Querrá por ventura la duquesa entrar de pensionista en el priorato de los Dominicos, teniendo á cien pasos de distancia su residencia de Belesbat!

Apenas acababa de decir esto cuando un nuevo incidente llamó poderosamente su atención. Mientras que la duquesa hablaba con Gorenflot, ó más bien le hacía hablar, el señor de Mayneville hizo una seña á alguna persona, que sin duda estaba en la parte exterior del convento.

Sin embargo, Chicot sólo había visto hasta entonces al hombre de las medidas.

Á él en efecto se dirigía la señal, dando por resultado el hacerle interrumpir su operación.

Al punto se paró delante del balcón, medio de perfil, y dando frente al camino de París.

Gorenflot entretanto seguía conversando amistosamente con la dama.

El señor de Mayneville pronunció algunas palabras al oído de Borromeo, y éste comenzó al punto á gesticular detrás del prior de una manera que no podía comprender Chicot; pero por la cuenta, bastante clara para el hombre de las medidas, porque se alejó fijándose como una estatua en otro punto

designado por nuevas señas de Borromeo y de Mayneville.

Después de algunos segundos de inmovilidad y obedeciendo á otra seña de Borromeo, comenzó un ejercicio, que sorprendió á Chicot tanto más, cuanto que le era de todo punto imposible adivinar el objeto que se proponía. Aquel hombre dió en correr á todo escape desde el sitio en que estaba hasta la puerta del convento, en tanto que el señor de Mayneville permanecía en el balcón con el reloj en la mano.

— Pues, señor, — murmuró Chicot, — todo esto me parece sospechoso; el enigma está bien propuesto, pero aunque difícil, con tal que yo distinga el rostro del hombre de las medidas, puede suceder que llegue á acertarlo.

Al mismo tiempo, como si el demonio familiar de Chicot se hubiese propuesto favorecerle, volvió la cara el hombre en cuestión, y el amigo del rey reconoció en él á Nicolás Poulain, teniente del prebostazgo, el mismo á quien el día antes había vendido su armadura.

— ¡Bien, bien! — exclamó; — ¡viva la Liga! bastante he visto ya para adivinar el resto, aunque

me cueste algún trabajo. Sí, sí, trabajaremos.

Después de algunas palabras cambiadas entre la condesa, Gorenflot y Mayneville, el hermano Borromeo cerró el balcón y quedó este desierto.

Poco después salieron del priorato la duquesa y su escudero, subiendo á la litera que los esperaba. Don Modesto, que les acompañó hasta la puerta, se deshacía en cortesías.

Todavía tenía la duquesa abiertas las cortinas de la litera para contestar á los cumplimentos del prior, cuando un fraile dominico que llegaba de París por la puerta de San Antonio, se acercó á los caballos examinándolos con curiosidad, y poco después á la litera, á cuyo interior dirigió ávidas miradas.

Chicot reconoció en aquel fraile el hermano Santiaguillo, que volvía apresurado del Louvre y que se había extasiado al contemplar á la duquesa de Montpensier.

— ¡Vamos, vamos! — dijo entre dientes; — tengo suerte; si hubiese llegado Santiago antes de encontrar yo á la duquesa, me hubiera sido preciso acudir á la cita de la Cruz Faubin. Ahora, la duquesa ha arreglado su conspiración y marcha

dejando el campo á Nicolás Poulain, á quien me propongo despachar en diez minutos.

En efecto, después de pasar la duquesa delante de Chicot, aunque sin verle, se dirigía á París, y Nicolás Poulain se preparaba á seguir sus pasos.

Érale sin embargo preciso pasar, lo mismo que la duquesa, inmediato al seto que ocultaba á Chicot: éste le vió acercarse, como el cazador ve acercarse la pieza, y se preparaba á disparar cuando le tuviese á tiro.

Y disparó cuando Poulain estuvo á su alcance.

— ¡Hola! ¡eh! — le gritó desde su escondite; — mirad hacia este lado, si no tenéis inconveniente, señor hombre de bien!

Poulain se estremeció dirigiendo al mismo tiempo la vista hacia el foso.

— Ya me habéis visto, — añadió Chicot; — perfectamente: ahora... figuraos que en nada habéis reparado, maese Nicolás... Poulain.

El teniente del prebostazgo dió un salto como un gamo herido.

— ¡Quién sois? preguntó azorado. — ¡Qué es lo que deseáis?

— ¡Quién soy?

— Sí.

— Un amigo vuestro y bastante íntimo, aunque de fecha moderna: en cuanto á lo que quiero, es cosa más larga de explicar.

— Pero en fin, explicaos. ¿Qué queréis?

— Que os acerquéis á mí.

— ¿Á vos?

— Es claro; que bajéis al foso.

— ¿Para qué?

— Ya lo sabréis: en primer lugar, bajad.

— Pero...

— Y que os sentéis aquí con la espalda apoyada contra el seto.

— ¿Y luego?

— Sin mirar hacia donde estoy, sin dar á entender que sabéis que me encuentro aquí.

— ¿Qué decís?

— Ya conozco que es exigir mucho, pero ¿qué hemos de hacer? Maese Roberto Briquet tiene derecho á ser exigente.

— ¡Roberto Briquet! — exclamó Poulain haciendo al punto todo cuanto se le había prevenido.

— ¡Así, así!... sentaos ahora... Conque, según

parece, os ocupabais poco hace en tomar las dimensiones del camino de Vincennes.

— ¿Yo?

— Sin duda. ¿Y qué tiene de extraño que un teniente del prebostazgo haga veces de director de caminos cuando la ocasión se presenta?

— En efecto, — repuso Poulain algo más tranquilo, — estaba midiendo...

— Y con gran cuidado, pues teníais por inspectores á muy ilustres personajes.

— ¡Ilustres personajes! No os comprendo.

— ¡Pues qué! ¿No sabéis?

— Ignoro lo que queréis decir.

— ¿Ignoráis también quiénes son esa dama y ese caballero que hace poco estaban en el balcón del priorato y que acaban de tomar la dirección de París?

— Os juro por mi honor...

— ¡Ah! ¿Qué satisfacción experimento al comunicaros tan importante noticia! Figuraos, señor Poulain, que teníais por espectadores de vuestros trabajos de agrimensura nada menos que á la señora duquesa de Montpensier y al señor conde de Mayneville. Manteneos quieto, sin moveros.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MEX. 1625 MONTERREY, MEXICO

— Caballero... — contestó Nicolás Poulain tratando de luchar... — esas palabras... el tono con que las pronunciáis...

— Si hacéis un solo movimiento, mi querido maese Nicolás Poulain, vais á obligarme á cometer algún disparate ; por consiguiente, estaos quedo.

Poulain lanzó un suspiro.

— Así me gusta, — prosiguió Chicot ; — decía pues, que, supuesto habéis venido á trabajar en presencia de tan ilustres personajes, los cuales, según aseguráis, no han reparado en ello, os servirá de mucho el que otro personaje ilustre, el rey por ejemplo, os vea trabajar.

— ¿ El rey ?

— Sí, por cierto, maese Poulain ; S. M. en persona, pues sabe admirar el trabajo y también recompensarlo.

— ¡ Ah, señor Briquet ! Compadeceos.

— Os repito, maese Poulain, que si os movéis, sois hombre muerto ; evitad pues esta desgracia permaneciendo quieto y tranquilo.

— Pero en nombre del cielo, ¿ qué queréis de mí ?

— Vuestro bien, nada más. ¿ No os he dicho que somos amigos ?

— Caballero, — exclamó Nicolás Poulain desesparado, — ignoro el agravio que puedo haber hecho, — á S. M., á vos, ni á nadie en el mundo.

— Mi querido maese Poulain, eso se lo explicaréis á quien corresponda, pues no es asunto que me pertenezca : yo tengo acá ciertas ideas y me aferro á ellas como un diablo : ahora bien ; una de ellas es que el rey no ha de aprobar que el teniente de su prebostazgo obedezca, cuando llena las funciones de agrimensor, las indicaciones del conde de Mayneville. ¿ Y quién sabe si el rey habrá notado la omisión cometida por el mismo teniente de su prebostazgo, en cuanto á haber dejado de consignar en su parte diario la llegada ayer á París de la señora duquesa de Montpensier y del caballero Mayneville ? Motivos ambos, amigo maese Poulain, para indisponeros con S. M.

— Señor Briquet, una omisión no es un crimen, y el rey es demasiado ilustrado.

— Mi querido maese Poulain, se me figura que estáis forjando castillos en el aire : yo veo más claro que vos en este negocio.

— ¿ Qué veis ?

— Una horea magnífica.

— ¡ Señor Briquet !

— Esperad, ¡ con mil diablos ! Sí, una horca, una cuerda nueva con un gran nudo corredizo, cuatro centinelas en los cuatro puntos cardinales, multitud de ciudadanos de París alrededor del suplicio, y cierto teniente de prebostazgo, á quien conozeo, bailando en la punta de la cuerda.

Nicolás Poulain temblaba con tanta fuerza, que sus movimientos se comunicaban al ramaje del vallado.

— ¡ Caballero ! — exclamó juntando las manos.

— Os he dicho que soy amigo vuestro, querido maese Poulain, — añadió Chicot, — y como tal voy á daros un consejo saludable.

— ¡ Un consejo !

— Y, gracias á Dios, muy fácil de seguir. Es preciso que vayáis á buen paso... ¡ Habéis entendido bien ? á buen paso... á buscar...

— ¡ Á quién ? — preguntó Nicolás lleno de angustia. — ¡ Á quién ?

— Dejadme reflexionar un instante... Eso es... al duque de Epernón.

— ¡ Al duque de Epernón ! ¡ Al amigo del rey !

— Justamente ; le llamaréis aparte...

— ¡ Y qué ?

— Le referiréis todo el asunto de la medición de camino.

— ¡ Estáis loco, caballero ?

— Al contrario, muy cuerdo, supremamente cuerdo.

— No os entiendo.

— Pues el negocio es clarísimo. Si yo os denuncio pura y simplemente como hombre de medidas y chalán de corazas, os colgarán ; mas si, por el contrario, os denunciáis vos mismo, obtendréis recompensas y honores. Se me figura que no estáis convencido, en cuyo caso me tomaré el trabajo de volver al Louvre, lo que no dejaré de hacer, suceda lo que quiera, porque á todo estoy dispuesto por serviros.

Y Nicolás Poulain oyó el ruido que hacía Chicot al separar las ramas del seto para levantarse.

— ¡ No, no, no ! — exclamó : — ¡ iré, iré !

— Sea en buen hora ; pero ya comprendéis, maese Poulain, que no admito subterfugios, porque mañana sin falta dirigiré una carta al rey, de quien tengo el honor, tal como me veis, ó como no me veis, de ser íntimo amigo ; de modo que por empe-

ñaros en que no os ahorquen hasta pasado mañana, os exponéis á que os cuelguen tan alto y más ignominiosamente.

— ¿Yo?

— ¡Oh!

— Vamos, maese Poulain; debéis estarme agradecido: hace cinco minutos que eráis un traidor, y os he convertido en hombre honrado, en salvador de la patria. Pero... corred, maese Poulain, corred; porque yo también me veo precisado á salir de aquí, y no puedo hacerlo antes que vos. Á propósito, no olvidéis que vais al palacio del duque de Eperón.

Nicolás Poulain se levantó lanzándose como una flecha y desesperado en la dirección de la puerta de San Antonio.

— Ya era tiempo, — dijo Chicot, — porque hé ahí que salen del priorato; pero ¡no es el hermano Santiaguillo, por vida mía! ¡Demonio! ¿Quién será ese tuno tan alto como querría hacer el monte Athos el arquitecto de Alejandro? Á fe, á fe, que no es mal perrazo para que sirva de compañía á un pobre diablo como yo.

Al ver de cerca al nuevo emisario del convento,

se apresuró Chicot á dirigirse hacia la Cruz Faubin, lugar de la cita que tenía.

Pero como se veía precisado á seguir un camino circular, la línea recta debía servir al otro con más rapidez que á él la curva, de modo que el fraile gigante, que no se descuidaba en dar descomunales zancadas, fué el primero que llegó á la Cruz.

Chicot, por otra parte, al paso que caminaba, perdía no poco tiempo en examinar á aquel hombre, de cuya fisonomía nada recordaba.

En efecto, el tal fraile era un verdadero filisteo: con la precipitación de su marcha por alcanzar á Chicot, llevaba el hábito suelto, y éste permitía divisar unas piernas musculosas cubiertas de calzones profanos.

Al mismo tiempo descubría su capucha, caída hacia la espalda, una cabellera que nunca de seguro se había visto amenazaba por las tijeras del priorato.

Crispaba además las extremidades de su boca cierta expresión poco religiosa, y cuando esta sonrisa se convertía en risa verdadera, mostraba aquel gran tuno tres dientes semejantes á tres

estacas fijadas detrás de la muralla formada por sus gruesos labios.

Brazos largos como los de Chicot, aunque más fornidos, espaldas capaces de levantar las puertas de la ciudad de Gaza, y un gran cuchillo de cocina, atravesado en el cordón del hábito; tales eran, con un saco arrollado como un escudo sobre su pecho, las armas ofensivas y defensivas del Goliat de los Dominicos.

— No hay duda, — dijo Chicot, — es muy feo, y si no me trae buenas y frescas noticias en esa cabeza tan extravagante, será preciso convenir en que es una criatura muy inútil en el mundo.

Al ver el fraile que Chicot se le acercaba, le saludó casi militarmente.

— ¿Qué me queréis, amigo? — le preguntó el amigo del rey.

— ¿Sois el señor Roberto Briquet?

— En persona.

— Traigo para vos una carta del reverendo padre prior.

— Dádmela.

Chicot abrió la carta, que estaba concebida en los términos siguientes:

« Mi querido amigo: desde nuestra separación
 » he reflexionado mucho, y en verdad me es
 » imposible exponer á la voracidad de los lobos
 » humanos la oveja que el Señor me ha confiado.
 » Esto alude, como ya podéis figuraros, á nuestro
 » hermano Santiaguillo Clemente, que acaba de
 » ser recibido por el rey y ha desempeñado perfec-
 » tamente vuestra comisión.

» En vez de Santiaguillo, que es aún demasiado
 » joven y que debe sus servicios al priorato, os
 » envío un excelente y digno hermano de nuestra
 » comunidad: sus costumbres son apacibles y su
 » carácter inocente. Creo, pues, que con gusto le
 » agregaréis á vuestro servicio, como compañero
 » de viaje. »

— Sí, sí, — pensó Chicot mirando de soslayo al fraile; — ¡ cuenta con ello!

Y prosiguió leyendo;

« Uno á esta carta mi bendición, y siento mucho
 » no haber podido dárosela de viva voz.

» Adiós, mi querido amigo. »

— Hermosa forma de letra es ésta, — dijo Chicot después de dar fin á la carta; — apuesto á que la

carta ha sido escrita por el hermano tesorero, que tiene muy buena mano.

— Habéis acertado, — contestó el Goliath; — ha sido obra del hermano Borromeo.

— Por lo cual, amigo mío, — añadió Chicot dirigiendo una agradable sonrisa al fraile, — tenéis que volver al convento.

— ¿Yo?

— Sí; para decir á su reverencia que he mudado de parecer, y deseo viajar solo.

— ¡Cómo! — repuso el fraile con una especie de asombro que tenía algo de amenaza. — ¿No me lleváis en vuestra compañía?

— No, amigo mío, no.

— ¿Por qué motivo?

— Porque necesito economizar mis fondos; los tiempos están muy malos, y debéis comer enormemente.

El gigante enseñó sus tres enormes dientes.

— Pues á fe que Santiago come tanto como yo, — contestó en seguida.

— Ya, pero Santiago es fraile.

— ¿Y yo qué soy?

— Vos, amigo mío, sois un lansquenete ó un

gendarme, lo cual, acá para los dos, puede escandalizar á la Virgen que tengo encargo de visitar.

— ¿Qué habláis de gendarme y de lansquenete? Yo soy un fraile dominico. ¿No conocéis por ventura el hábito?

— El hábito no hace el fraile, amigo mío, pero el arma constituye el soldado. Decid esto de mi parte al hermano Borromeo, si no tenéis reparo en ello.

Y Chicot saludó políticamente al gigante, que tomó el camino del priorato, gruñendo como un perro á quien se echa de casa.

En cuanto á nuestro viajero, dejó que se alejase el hombre que debía acompañarle, y no bien le vió desaparecer por la puerta principal del convento, cuando, ocultándose detrás del vallado inmediato, se quitó la ropilla y se puso la cota de malla, que ya conocemos, sobre su camisa de lienzo.

Concluída esta operación indispensable, atravesó los campos que le separaban del camino de Charrentón.